riamos mas diversos de siglo á siglo, que lo que se les halla en el dia de nacion á nacion?

Al mismo tiempo que las observaciones van haciendose mas difíciles, se hacen con mas negligencia y mas mal; y esta es otra razon del poco fruto de nuestras investigaciones en la historia natural del género humano. La instruccion que se saca de los viages es relativa al objeto que los hace emprender. Cuando este objeto es un sistema de filosofía, jamas vé el viagero lo que quiere ver: cuando este objeto es el interes, absorve toda la atencion de aquellos que se entregan á él. El comercio y las artes que mezclan y confunden los pueblos, les impiden tambien estudiarse: cuando saben la utilidad que pueden sacar uno de otro, ¿que mas tienen que saber?

Hay una notable diferencia entre viajar para ver el pais, ó para ver los pueblos. El primer objeto es siempre el de los curiosos; el otro no es para ellos mas que accesorio. Debe ser lo contrario para todo el que quiere filosofar. El niño observa las cosas con la esperanza de observar á los hombres. El hombre debe principiar por observar á sus

semejantes, y despues observar las cosas si tiene tiempo para ello.

Para llegar al conocimiento de los pueblos, es preciso principiar por observarlo todo donde uno se halla, asignar en seguida las diferencias á medida que se recorren los otros paises, comparar por ejemplo la Francia con cada uno de ellos, como se describe el olivo por un sauce, ó la palmera por el abeto, y esperar, para juzgar del primer pueblo observado, á que se hayan observado los demas.

No convienen los viages sino á muy pocas gentes: no convienen sino á los hombres bastante fuertes por sí mismos para oir las lecciones del error sin dejarse seducir, y para ver el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar por él. Los viages llevan el natural á su inclinacion, y acaban de hacer bueno ó malo al hombre. Cualquiera que viene de correr el mundo, es á su vuelta lo que será toda su vida.

SATIRA DEL SIGLO PRESENTE.

Los antiguos políticos hablaban incesantemente de costumbres y de virtudes: los

nuestros solo hablan de comercio y de dinero.

Nuestra admiracion solo recae sobre el saber, el espíritu y el valor. ¡Y tú, dulce y modesta virtud, siempre quedas sin honores! ¡Cuan ciegos somos en medio de tantas luces! Víctimas de nuestros insensatos aplausos, jamas sabrémos cuanto desprecio y aborrecimiento merece todo hombre que, para desgracia del género humano, abusa del genio y de los talentos que la naturaleza le da.

Los antiguos tenian héroes y presentaban hombres sobre sus teatros: nosotros por el contrario no presentamos en ellos sino héroes, y apénas tenemos hombres. Los antiguos en frases menos estudiadas y pomposas hablaban de humanidad, pero sabian ejercerla mejor. Bien podria aplicarse á ellos y á nosotros un pasage referido por Plutarco, y que no puedo menos de transcribir aquí. Un anciano de Atenas buscaba sitio en que colocarse en un espectáculo, y no le hallaba: viendole algunos jóvenes en este apuro, le hiciéron señas desde lejos; vino el anciano, pero ellos se estrecháron y se burláron de él: el buen hombre dió de este modo la vuelta

á todo el teatro, demasiado embarazado de su persona, y siempre gritado de la juventud. Notandolo los embajadores de Esparta, y levantandose al punto, colocáron honoríficamente entre ellos al anciano. Esta accion fué aplaudida por todos los concurrentes. *¡Ah que desgracia!* esclamó dolorosamente el anciano: *los Atenienses saben lo que es honesto y virtuoso, pero los Lacedemonios lo practican.* He aquí la filosofía moderna y las costumbres de los antiguos.

Yo observo que estas gentes tan pacíficas sobre las injusticias públicas, son siempre los que mas ruido meten al menor perjuicio que se les ocasiona, y que no conservan su filosofía sino en tanto que no la necesitan para sí mismos. Se parecen á aquel Irlandés que no queria levantarse de la cama, aunque habia fuego en la casa. ¡Que se quema la casa! se le grita: ¿Que me importa? responde, yo no soy mas que el inquilino: al fin penetra el fuego hasta él; al momento se arroja de la cama, corre, grita, se agita, y principia á comprender que algunas veces es necesario tomar interes por la casa que se habita, aunque no nos pertenezca.

Es tan general y unida la sociedad en las

grandes ciudades, que no hay un asilo para el retiro, y aun en la propia casa de uno se está al público. A fuerza de vivir con todo el mundo, ya no se tiene familia; apénas conoce uno á sus parientes, se les mira como estraños; y la simplicidad de nuestras costumbres domésticas se estingue, como igualmente la dulce familiaridad que hacia su encanto.

La urbanidad, ó lo que es lo mismo, la política francesa, es reservada y circunspecta, y se rige únicamente por lo esterior: la de la humanidad desprecia los frívolos cumplimientos, y de lo que menos se precia es de distinguir á la primera ojeada los estados y los rangos, pues en general respeta á todos los hombres.

Veo que no podria usarse un lenguage mas cortés que el de nuestro siglo, y he aquí lo que me admira; pero veo tambien que no podrian tenerse costumbres mas corrompidas, y he aquí lo que me escandaliza. Pensamos que hemos llegado á ser honestos, porque á fuerza de dar nombres decentes á nuestros vicios, hemos aprendido á no avergonzarnos de ellos.

Un habitante de un pais lejano, que tra-

tase de formarse una idea de las costumbres europeas acerca del estado de las ciencias entre nosotros, de la perfeccion de nuestras artes, de la decencia y compostura de nuestros espectáculos, de la urbanidad de nuestros modales, de la afabilidad de nuestros discursos, de nuestras perpetuas demostraciones de benevolencia, y en fin, de ese tumultuoso concurso de hombres de todas edades y de todos estados, que parecen esclusivamente ocupados en obligarse recíprocamente: este estrangero, digo, adivinaria exactamente lo contrario de lo que son nuestras costumbres.

En el dia, en que ya el arte de agradar se halla reducido á principios por las mas minuciosas observaciones y por un gusto mas delicado, reina en nuestras costumbres una vil y engañosa uniformidad, y todos los talentos parecen vaciados en un mismo molde: sin cesar la política exige, la urbanidad ordena; sin cesar se siguen los usos y jamas el genio propio: no nos atrevemos á parecer lo que somos: es preciso, para conocer al amigo, esperar á las grandes ocasiones, es decir, esperar á que ya no sea tiempo de conocerle.

Un maestro Lacedemonio, á quien por burla se preguntaba ¿que enseñaria á su discípulo? respondió : *le enseñaré á amar las cosas honestas*. Si yo hallase entre nosotros á semejante hombre, le diria al oido: guardaos bien de hablar asi, porque jamas tendréis discípulos; pero decidles que les enseñaréis á charlar agradablemente, y yo respondo de vuestra fortuna.

En vez de las armas que en otro tiempo se pintaban en los coches y carrozas, en el dia se les adorna á costa de grandes gastos, de pinturas escandalosas, como si fuese mejor darse anticipadamente á conocer á los pasageros por un hombre de malas costumbres, que por un hombre de calidad. Lo que mas incomoda, es que sean las mugeres las que han introducido este uso, y las que le sostienen. Un hombre sabio á quien se enseñaba una carroza de esta especie, no bien hubo echado los ojos sobre los paneles de ella, cuando dejó á su dueño diciendole: *Enseñad esta corroza á mugeres de corte; un hombre honrado no se atreveria á servirse de ella.*

Nuestros jardines estan adornados de estatuas, y de pinturas nuestras galerías. ¿Y

que pensaréis que representan estas obras maestras del arte espuestas á la admiracion pública? ¿Los defensores de la patria, ó esos hombres aun mas grandes que la han enriquecido con sus virtudes? No, seguramente : representan imágenes de todos los estravíos del corazon y de la razon, cuidadosamente sacadas de la antigua mitologia, y presentadas muy temprano á la curiosidad de nuestros hijos, para que ántes de saber leer tengan á la vista modelos de malas acciones.

Nuestros escritos se resienten de nuestras frívolas ocupaciones, agradables si se quiere, pero que pequeñas y frias como nuestros sentimientos, todo su mérito consiste en darles aquel aire que cuesta tan poco dar á unas bagatelas. Esa multitud de obras efímeras que diariamente aparecen, no estando hechas sino para divertir á las mugeres, y careciendo de fuerzas y profundidad, desde el tocador vuelan todas al especiero, y este es el medio de volver á escribir incesantemente los mismos libros, y de hacerlos siempre nuevos. Pueden citarseme dos ó tres que servirán de escepcion, pero yo citaré cien mil que confirmarán la regla. Por esto la mayor parte de las pro-

ducciones de nuestra edad pasarán con ella, y la posteridad creerá que en este siglo se han hecho pocos libros, á pesar de haberse hecho tantos.

Nada es la virtud en el gran mundo: no es todo en él mas que vana apariencia. Borranse los crímenes por la dificultad de probarlos; contra el uso que los autoriza, la prueba misma seria ridícula, y he aquí por que la debilidad de una jóven amante es un crímen irremisible, miéntras que al adulterio de una casada se le da el nombre de galantería. En casandose, cualquiera se desquita abiertamente de la poca sujecion é incomodidad en que vivia siendo soltera.

No siendo el género humano de una edad el género humano de otra, he aquí por que *Diogenes* no hallaba al hombre que buscaba, esto es, porque buscaba entre sus contemporáneos al hombre de un tiempo que ya no existia: del mismo modo *Caton* pereció con Roma y la libertad, porque existió fuera de su siglo; y asi es que el mas grande de los hombres no hizo mas que admirar al mundo á quien quinientos años ántes hubiera gobernado.

Uno de los objetos favoritos de las con-

versaciones de las gentes de calidad, es el sentimiento; pero no se debe entender por esta palabra una efusion afectuosa en el seno del amor ó de la amistad, es únicamente el sentimiento puesto en grandes máximas, y quintaesenciado por todo lo mas sutil que tiene la metafísica; son pues sutilezas inconcebibles. El sentimiento entre estas gentes es como Homero entre los pedantes, que le descubren mil bellezas quiméricas por no saber percibir las verdaderas: de este modo el sentimiento se gasta en espíritu, se exhala tanto en el discurso, que nada queda para la práctica. La urbanidad todo lo suple; por el uso se hacen casi las mismas cosas que se harian por sensibilidad, á lo menos en tanto que no cuestan mas que fórmulas y algunas pequeñas incomodidades que se impone uno á sí mismo, para hacer que hablen bien de sí; porque cuando los sacrificios llegan hasta incomodar largo tiempo, ó á costar muy caros, se acabó el sentimiento: la urbanidad no lo exige hasta este punto.

Todo se halla arreglado, pesado y medido en lo que se llama *modos* ó *procederes*: todo lo que ya no existe en los sentimientos, lo han puesto en regla entre sí los hombres

de mundo. Nadie se atreve á ser el mismo: *es menester hacer como los demas*, es la primera máxima de la sabiduría. *Esto se hace, esto no se hace*, he aquí la decision suprema. Establecidas asi estas reglas, todo el mundo hace á la vez la misma cosa en las mismas circunstancias: todo se hace por tiempos, como en las evoluciones de un regimiento en batalla, y sin duda podria decirse que somos como otras tantas figurillas clavadas en una misma tabla, ó sujetas con un mismo hilo.

Bajo cualquier aspecto que se miren las cosas, todo en la sociedad no es mas que charla, fárrago y discursos sin consecuencia. Tanto sobre la escena como en el mundo, en vano se quiere escuchar lo que se dice: nada se aprende de lo que se hace. ¿Y que necesidad hay de aprenderlo? Tan pronto como ha hablado un hombre, ¿se ha informado uno de su conducta? ¿No lo ha hecho todo? ¿No está ya juzgado? El hombre de bien del dia no es el que hace buenas acciones, sino el que dice bellas cosas; y un solo discurso, hecho sin reflexion, puede causar un daño irreparable al que lo pronuncia, que no borrarian cuarenta años de integridad. En una palabra, aunque las obras de

los hombres apénas se parecen á sus discursos, veo que solo se les pinta por estos sin atender á aquellas: veo tambien que en una gran ciudad la sociedad parece mas suave, mas fácil y aun mas segura que entre gentes menos estudiadas; pero ¿son con efecto allí los hombres mas humanos, mas moderados y mas justos? Lo ignoro: allí, sin embargo, no hay mas que apariencias; y lo que se me quiere probar con evidencia, es que solo el filósofo á medias atiende á la realidad de las cosas; que el verdadero sabio solo las considera por las apariencias; que debe tomar las preocupaciones por principios, las conveniencias por leyes, y que la mas sublime sabiduría consiste en vivir como los locos.

En las sociedades privadas, en las cenas de convite en que está la puerta cerrada á todo el que puede sobrevenir sin que se le espere, es donde se observan menos las mugeres, y donde se puede principiar á estudiarlas. Allí reinan tranquilamente los discursos mas refinados y mas satíricos: allí es donde discretamente se pasa revista á las anécdotas, donde se dejan ver todos los hechos secretos de la crónica escandalosa, en donde lo bueno y lo malo se hace igualmente